



**HAL**  
open science

## En torno al doble exilio de Jorge Semprún

Marta Ruiz Galbete

► **To cite this version:**

Marta Ruiz Galbete. En torno al doble exilio de Jorge Semprún. 60 años después : La cultura del exilio republicano español de 1939, Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL), Nov 1999, Madrid - Alcalá de Henares - Toledo, Spain. pp.331-335. hal-04774010

**HAL Id: hal-04774010**

**<https://hal.science/hal-04774010v1>**

Submitted on 8 Nov 2024

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

## EN TORNO AL DOBLE EXILIO DE JORGE SEMPRÚN

*60 años después: La cultura del exilio republicano español de 1939*,  
Actas del Coloquio Internacional celebrado en Madrid-Alcalá de Henares-  
Toledo del 22 al 27 de noviembre de 1999, GEXEL, Barcelone, 2003,  
Vol. 1, pp. 331-335.

Con más de una docena de libros publicados y la notoriedad que proporciona el haber oficiado en el gobierno socialista como ministro de Cultura (1988-1991), la trayectoria biográfica e intelectual de Jorge Semprún es hoy de todos conocida en sus líneas generales. Nacido en 1923 en el seno de una familia aristocrática y republicana, Semprún presencia la guerra civil desde el escenario privilegiado de la legación comercial de La Haya exiliándose, al final de la contienda, a París. Allí inicia una trayectoria política propia que le llevará de la Resistencia a la deportación y a un activo compromiso con el que parecía ser, tras la derrota del fascismo, el sentido ineluctable de la Historia. Con todo, a pesar de su destacado papel en la atracción de la juventud intelectual del “interior” hacia el marxismo y de su presencia ininterrumpida en la vida política nacional, el escritor no se afincará nunca definitivamente en España. Es más, sesenta años después del inicio de la dictadura, no sólo la casi totalidad de su obra habrá sido escrita en francés, sino que seguirá sin entenderse cabalmente fuera del marco de referencia del destierro.

Demasiado joven para haber hecho la guerra civil, Semprún no pertenece sin embargo al que se ha dado en llamar “segundo exilio”. La suya es la generación que alcanzó la madurez política durante el conflicto mundial y que, debiendo haber sido la primera formada por la II República, lo fue en realidad por la lucha antifranquista y el comunismo<sup>1</sup>. “Quizás por ser un “rojo” español todo estaba más claro

---

<sup>1</sup> En Francia vendría a asimilarse a la que Michel Winock llama “la generación de la Resistencia y de Vichy” (“Les générations intellectuelles”, *XX<sup>ème</sup> Siècle*, n°22, 1898, p. 29) y Jean-François Sirinelli

para mí”, señalaría años después<sup>2</sup>. Y, en efecto, la misma Unión Soviética que había ayudado a la República contribuyó también decisivamente a la derrota del nazismo, el Partido Comunista Español monopolizaba la organización de una resistencia activa desde el exterior y el reparto del mundo efectuado en Yalta acabaría amparando al régimen de Franco bajo el manto capitalista. Antifranquismo y comunismo convergían pues hasta identificarse a ojos de un Semprún que alcanzará las más altas instancias directivas del P.C.E. y pasará diez años operando en la clandestinidad española. Ahora bien, si este doble compromiso vertebra el conjunto de su producción intelectual hasta la muerte del dictador, cuando la divergencia estalle en el seno del Comité Ejecutivo, ¿cómo cultivar la heterodoxia y permanecer al mismo tiempo fiel al partido de la lucha antifranquista?

Pasando del “pensamiento correcto” a la disidencia y de las certezas dogmáticas a la simple oposición, muchos exiliados dejarían jirones no sólo de su vida sino también de su producción. Semprún será uno de ellos. Es más, si las contradicciones surgidas a partir de 1963 no pueden entenderse desgajadas de la etapa anterior, ¿acaso no demuestra claramente su obra —desde el enigmático *Desvanecimiento* (1967) a la revancha final de Federico Sánchez (1977)— la dificultad de esta generación en dejar de ser comunista en el exilio?

### **1. La ortodoxia del exilio**

En 1945, recordemos, el mundo iba realmente a cambiar de faz. El reflejo patriótico de la Resistencia se había transformado pronto en

---

“la generación de 1925” (*Les Intellectuels en France, de l’Affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Colin, 1986, p. 152) entre cuyos miembros “los más mayores habían llegado al comunismo por el camino de la Resistencia” y los más jóvenes “habían sido atraídos por el Partido de Maurice Thorez durante sus años de estudiantes en la posguerra.” Los estudiosos de la historia política e intelectual del siglo XX no dudan en señalar cómo la generación nacida entre 1920-30 alumbraría un nuevo tipo de intelectual, el intelectual revolucionario.

<sup>2</sup> Jorge Semprún, entrevista con Jean Lacouture, “A voix nue”, France Culture, 20 de mayo de 1996.

aspiración revolucionaria y si Camus escribía en *Combat* que “el anticomunismo es el principio de la dictadura<sup>3</sup>” la permanencia de un régimen fascista en Europa resultaba todavía inimaginable en la Francia de la Liberación. Así, Pasionaria saludaba a los militantes del exilio galo “no como [a] caminantes fatigados (...), sino como [a] un ejército que, disperso por una inmerecida derrota reagrupa sus fuerzas para nuevas y decisivas batallas<sup>4</sup>” y Jorge Semprún se ofrecía para luchar en la guerrilla nada más volver del campo de concentración. Tras este breve período en que todo parecía posible, la rigidez doctrinaria y el furor inquisitorial que siguieron resultarían necesarios para arrostrar tanta desilusión.

El compromiso de los intelectuales durante la guerra fría, el sentido de su afiliación, la idea que se hacían de su propio papel, la naturaleza de su militancia y de su producción, la historia de la edad de oro de la *intelligentsia* comunista, en definitiva, siguen causando perplejidad a pesar de los abundantes estudios que les han sido dedicados. De la teoría de las “dos ciencias<sup>5</sup>” y la concepción utilitaria del arte a su obstinación en negar ciertas evidencias ya establecidas sobre la Unión Soviética, lo que en un período ordinario hubiera parecido una abdicación de la inteligencia, se convertía, en el clima de movilización continua propugnado por los P.P.C.C., en una disciplina necesaria libremente consentida. Con todo, si los intelectuales de la generación 1920-30 pusieron tan arduosamente sus capacidades al servicio del comunismo no fue sólo para canalizar sus aspiraciones revolucionarias sino también porque, habiendo dejado a menudo sus

---

<sup>3</sup> Albert Camus, *Combat*, 7 de octubre de 1944.

<sup>4</sup> Palabras de Pasionaria en el Primer Pleno del P.C.E. celebrado en París el 5 de diciembre de 1945. Citado por Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España. 1939-1985*, Planeta “Espejo de España”, Barcelona, 1986, p. 110.

<sup>5</sup> Célebre polémica suscitada en 1948 por Trofim Lyssenko al defender la existencia de dos ciencias antagonistas, la burguesa y la proletaria y la superioridad de esta última puesto que representaba la “objetividad verdadera, aquélla que empuja en el sentido de la Historia”.

estudios inconclusos<sup>6</sup> y siendo demasiado jóvenes para haber producido en el terreno artístico, el sistema de socialización del partido podía aportarles una tribuna y un reconocimiento.

La doble militancia comunista de Semprún<sup>7</sup> viene pues a insertarse en el marco de esta disposición general, a la que añade la necesidad imperiosa de buscar en la lucha ideológica un paliativo a la acción y el no menos vehemente deseo de hacer méritos para ser enviado al interior. Escribir odas a la Pasionaria, “pronosticar que Franco va a caer la semana próxima porque lo ha dicho el editorial de *Mundo Obrero*<sup>8</sup>” o sacrificar una obra de teatro, *Soledad*, al juicio de un dirigente que no la había encontrado lo suficientemente “positiva”<sup>9</sup>, son algunas de las etapas de este largo camino de perfección. Pero es arremetiendo desde las páginas de revistas como *Independencia* o *Cultura y democracia* “contra todos los aspectos del nihilismo, del pesimismo que sólo sirven a la reacción franquista” y tratando de hacer entender a la pequeña y mediana burguesía española que “su salvación reside en la alianza con las clases populares, en la lucha contra el régimen<sup>10</sup>”, como Semprún se abrirá camino en el aparato hasta convertirse en el delfín de Santiago Carrillo. “Comisario de cultura” en 1950, “permanente” del P.C.E. a partir de 1952 y responsable del sector de los intelectuales en el interior a partir 1953, Semprún alcanza el Comité Central en 1954 y es cooptado al Buró Político dos años después. Qué duda cabe, además de haberse identificado totalmente con la ortodoxia reinante, su producción de los

---

<sup>6</sup> Semprún, recordémoslo, cursó en la Sorbona tan sólo los dos primeros años de la licenciatura de filosofía.

<sup>7</sup> Miembro del P.C.F. desde 1942, Semprún tomará el carnet de P.C. español en abril de 1945, dos días después de su retorno de Buchenwald.

<sup>8</sup> Jorge Semprún, “No sé realmente quién soy”, *El País Semanal*, 30 de enero de 1977, p. 5.

<sup>9</sup> El funcionario en cuestión no era otro que Antonio Mije, secretario de prensa y propaganda del P.C.E. Para más detalles sobre este episodio cf. la *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, Barcelona, 1977, reedición de 1995, pp. 84-89.

<sup>10</sup> Jorge Semprún, “*Nada*, La literatura nihilista del capitalismo decadente”, *Cultura y democracia* n°2, París, febrero 1950, p. 45 y “Panorama de la cultura bajo el franquismo”, *Ibid.*, n°3, marzo 1950, p. 64.

años 1946-1953 tuvo el mérito de descubrir el potencial subversivo de la cultura a un partido cuyo burdo obrerismo venía ahuyentando a los intelectuales desde la guerra civil, y no hay razón para suponer que esta actitud cambiara a lo largo de la década siguiente a pesar del vacío creativo que la caracterizó. Si no era fácil que “Federico Sánchez” se convirtiese en escritor, tampoco sus altas responsabilidades como dirigente le inducían a afirmar su autonomía o descorrer el velo de la ilusión.

En cualquier caso, Semprún parece surgir prácticamente de la nada en 1963 cuando, a los cuarenta años, gana con su primera obra el premio internacional Formentor. Escritor de expresión francesa para unos, exponente de “la diáspora roja” para otros, sus lectores no pueden saber todavía que *El largo viaje* ha sido escrito en un apartamento clandestino de Madrid. Pero si algo resulta evidente es que, relatando su viaje a Buchenwald, el autor aspira menos a confrontarlos con el drama de la deportación que con una vieja causa por la que sigue siendo necesario movilizarse: una vez equiparados nazismo, franquismo y capitalismo, la guerra de España, la Resistencia francesa y la oposición comunista al régimen se imponen como un combate sin solución de continuidad. Así, el ganador del Formentor refresca la memoria de los que están descubriendo el paraíso turístico español, descuella en el grisáceo panorama de la literatura política<sup>11</sup> y lleva camino de convertirse en el portavoz legal de las posiciones del comunismo hispano cuando es expulsado del partido. Apartado de la clandestinidad y afectado de nuevo al aparato parisino, lo que se anunciaba como una brillante reconversión literaria acabará marcando, en realidad, el principio de un doble exilio.

---

<sup>11</sup>Según recuerda Rafael Conte en su *Pasado imperfecto* (Espasa hoy, Madrid, 1998, p. 119), reproduciendo parcialmente la fonética sevillana del escritor, Alfonso Grosso habría recibido el éxito de *El largo viaje* con un comentario no exento de amargura al recordar a “*Er Zemprún éze*, que venía a vernos y nos daba doctrina diciendo cómo teníamos que escribir, que teníamos que *zer realiztaz*, y mientras tanto él escribía como *Prú* [léase Proust]”.

## 2. El excluido de 1963

No es nuestro objetivo describir aquí ni los pormenores de la crisis del 63<sup>12</sup> ni la traumática experiencia del militante excluido y ninguneado por sus antiguos camaradas. “La discrepancia se convierte en herejía —escribirá Fernando Claudín— y (...) Marx se esfuma ante Torquemada”...<sup>13</sup> Baste para dar una idea cabal de lo que aquello representó apuntar cómo, en plena campaña de difamación, tachados públicamente de “reformistas pequeño burgueses” y “revisionistas capituladores”<sup>14</sup>, “los dos efes” se declararían “dispuestos a colaborar con toda la oposición antifranquista, y, en primer lugar, con el Partido Comunista, al que seguimos considerando nuestro Partido<sup>15</sup>”. Así pues, el reto que Semprún se plantea de cara a este doble exilio consistirá no sólo en distanciarse del P.C.E. sin escribir como “un comunista salido de la Iglesia<sup>16</sup>” sino, sobre todo, en reformular desde una nueva posición crítica su compromiso antifranquista. Que en su conjunto lo lograra, es algo que un largo silencio sobre España pone ya en entredicho. Pero únicamente un análisis pormenorizado de las contradicciones que atenazan la producción de los años 64-69 nos permitirá matizar nuestro juicio.

---

<sup>12</sup>Dicha crisis se saldaría con la exclusión de “Federico Sánchez” (pseudónimo oficial de Semprún) y de Fernando Claudín, al mantener éstos que la perspectiva española de 1963 no apuntaba hacia una situación revolucionaria sino a un cambio de las “formas políticas de dominación del capital monopolista” que propiciaría una nueva etapa de desarrollo. Manteniendo que la salida oligárquica prevalecería frente a la democrática tras la liquidación de la dictadura, lo que ambos dirigentes pretendían no era otra cosa que adaptar la estrategia del P.C.E. a un combate a largo plazo.

<sup>13</sup>Respuesta a los camaradas del Comité Central, citado en *Documentos de una divergencia comunista*, El viejo topo, Barcelona, 1978, p. 216.

<sup>14</sup>En palabras de Pasionaria, *Actas de la reunión plenaria del Comité Ejecutivo del Comité Central del Partido Comunista de España*, Praga, 27 de marzo–2 de abril de 1964, sexta sesión (mañana 30 de marzo), “Dolores”, pp. 26-27. Las acusaciones serían divulgadas por Carrillo ante la militancia en el mítin celebrado el 19 de abril de 1964 en el teatro parisino de Stains para conmemorar el aniversario del fusilamiento de Julián Grimau.

<sup>15</sup>Carta conjunta enviada al Comité Ejecutivo del P.C.E. por “los tres efes” —Federico Sánchez, Fernando Claudín y Francesc Vicens— el 20 de diciembre de 1965. Reproducida por Fernando Claudín en *Documentos*, *op. cit.*, p. 231.

<sup>16</sup>Jorge Semprún, *L'Express*, Jorge Semprún entrevistado por Michèle Cotta, Jean-Louis Ferrier y Françoise Giroud, 8-4 de diciembre de 1969, p. 171.

Recordemos, para empezar, que el París de 1964 nada tiene que ver con la “ciudadela asediada” que Semprún había abandonado diez años atrás en plena guerra fría. Si la falta de libertades y la urgencia de la lucha habían amortiguado entre los militantes antifranquistas el golpe del informe secreto de Kruschev, el efecto conjugado de la revisión antiestaliniana y los tanques soviéticos en Budapest provocaría una verdadera sangría en las filas de los partidos comunistas occidentales alimentando a partir de 1956 una fuerte corriente crítica de renovación. En este contexto, *El largo viaje* iba a ser interpretado como una confrontación implícita entre el ideal comunista de la Resistencia y su glaciación burocrática, de modo que Semprún vendría a reintegrar la trayectoria de su generación ocupando, con toda naturalidad, un puesto en la avanzadilla cultural del revisionismo francés.

Un año después, *La guerra ha terminado*, fruto de su primera colaboración con Alain Resnais como guionista, abundará en este espíritu antidogmático retomando en parte los términos de la discusión del 63 y haciendo del empeño en teledirigir una huelga política desde París el blanco de su crítica. La estrategia podía ser errónea y el dogmatismo de la dirección patente. A pesar de todo, la base era sana y la lucha necesaria como sugería la voz en *off* del protagonista. Y lo cierto es que, si hoy resultaría difícil ver en la película otra cosa que un himno a la lucha tenaz y sacrificada del militante antifranquista, la espada de Damocles de la colaboración “objetiva” con el régimen pendía sobre cualquier intento de abrir el debate comunista en plena clandestinidad. *La guerra ha terminado* será, pues, retirada de los festivales de Cannes y Karlovy-Vary (Checoslovaquia) por las presiones respectivas del ministerio de Información y del P.C.E., y esta doble censura bien podría haberse convertido en el símbolo del particular exilio de Semprún.



Con todo, es al distanciarse de la referencia inmediata del “interior” y volver al trabajo solitario de la escritura cuando las contradicciones de dicha situación madurarán lo suficiente como para revelar todas sus implicaciones. Y en la otra cara de esta frágil equidistancia entre la condena del régimen y la del partido, Semprún descubrirá que ni el P.C.E. se había equivocado tanto, ni él mismo podía proponer una línea de combate divergente para hacer valer su razón. Así, la aventura editorial de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, producto de la crisis del 63 que pretendía aglutinar a la izquierda antidogmática española, adolecería desde el principio de esta contradicción en el terreno de la reflexión política: “¿Se está con el Partido o no? —increparía al antiguo dirigente un lector— Si se está, sacar a reducir generalidades de cara a la galería como reproche es tiempo perdido (...) y mientras no se haga una clara opción en puntos tan fundamentales, no se puede influir sobre nada ni sobre nadie”...<sup>17</sup> En el terreno de la creación literaria, la publicación abortada de una primera obra en castellano y la inconsistencia ideológica de *El desvanecimiento* serán tan representativas de este doble exilio como *La guerra ha terminado*. Quizá incluso mucho más, ya que ilustran un dilema que se prolongará durante diez largos años: si Semprún no puede concebir su compromiso antifranquista fuera del comunismo, el éxito de la estrategia revolucionaria promovida por el partido y la validez de las posiciones mantenidas por Federico Sánchez vendrán a excluirse recíprocamente. Es decir, reconocer haberse equivocado en el 63 frente al partido conduciría a una autocrítica vergonzante, pero

---

<sup>17</sup>Sin firma, “Tribuna libre y correo del lector”, *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, nº2, abril-mayo 1967, p. 124. En efecto, entre aquellos lectores a los que les hubiera gustado ver un proyecto político concreto articularse en torno a la revista, no faltaría quien aconsejase al comité de redacción y a Semprún en particular crear un nuevo partido o quedarse “de una vez en la plataforma del P.C.E. y llena[r]la de vuestro saber sin renegarla, hace[r]la llegar como una prolongación de intelectuales a intelectuales, con un lenguaje nuevo, con aportaciones valiosas, que si lo son habrán de dar sus frutos (...) porque afortunadamente los Secretarios no son vitalicios.” (*Bis*)

haber tenido razón no sería más satisfactorio pues vendría a garantizar la buena salud de la dictadura.

### **3. Contradicciones y esterilidad del exilio**

Llegados a este punto, la segunda “novela” de Semprún es de importancia capital para entender lo que sigue. Inmediatamente percibida como una continuación de *El largo viaje*, ésta pasará casi desapercibida en el momento de su publicación. Igualmente ignorada por la crítica, no parece exagerado afirmar que haya sido hoy totalmente relegada al olvido. Y es que si el periplo de “Gérard” impresionaba por la evidencia de sus planteamientos políticos, *El desvanecimiento* (1967) resultará un ejercicio consumado de compromiso intimista, evasivas ideológicas e indeterminación narrativa.

El argumento es mínimo: tres meses después de su retorno del campo de concentración, “Manuel” sufre un pequeño accidente al caer desmayado de un tren y debe ser operado; en la larga noche de insomnio que precede a la intervención empieza a repasar su vida, desgranando recuerdos de la Resistencia, de Buchenwald y de su difícil retorno, recuerdos interrumpidos finalmente por una larga proyección sobre su futuro de militante comunista en España en que la voz del personaje y del narrador acaban fundiéndose.

La fractura de estos dos planos resulta evidente y su simple yuxtaposición no hace sino acentuar la falta de una perspectiva ideológica que dé coherencia a la fragmentación temporal y justifique ciertos malabarismos narrativos. Así, el estatuto del narrador será de una ambigüedad extrema: asimilado unas veces al autor y otras al personaje, el triángulo identitario se revelará sin embargo imposible ya que “Manuel” ha muerto “en circunstancias que no son el objeto de este relato”, “circunstancias que han permanecido oscuras incluso

para sus allegados, incluso también para él mismo<sup>18</sup>". Un simple cálculo a partir del presente de la narración permitirá situar esta misteriosa muerte en 1961, es decir, precisamente en el momento en que Semprún es apartado del "interior" y comienza la divergencia en la cúpula del partido. Pero si queda claro que con el afincamiento en el exilio se entierra toda una vida de activismo comunista, ¿quién es este narrador desdibujado que ni cobra entidad propia ni entiende las razones de su ruptura con el pasado? Más aún, ¿cuál es la razón de semejante actitud y qué esperar de ella en una obra políticamente comprometida?

Cierto, el mensaje de *El Desvanecimiento* es post-congresual del mismo modo que el del *Guzmán de Alfarache* es post-tridentino. No faltan tibias alusiones del narrador —estamos en 1967, no lo olvidemos, más de diez años después del XX Congreso del P.C.U.S.— a las purgas soviéticas de los años 30 y a la persecución de troskistas<sup>19</sup>. Pero ¿acaso el heterodoxo de la lucha antifranquista podía contentarse con lamentar el hecho de que los comunistas que visitaban el Prado siguiesen prefiriendo a los Goya y los Velázquez el realismo socialista de un Fougeron<sup>20</sup>? ¿Acaso podía razonablemente situar su reflexión sobre el informe secreto de Kruschev en plena plaza Cibeles y escamotear los temas de su escasa repercusión en España y de la nula desestalinización del Partido? Lo cierto es que, a pesar de la solemnidad con que declara haber tomado entonces "una decisión grave que le comprometerá para siempre" y haber decidido imponer "una línea que tomase en cuenta la desintegración de la

---

<sup>18</sup> "...cet Espagnol de dix-huit ans, qui est mort depuis, dans des circonstances qui ne sont pas l'objet de ce récit." "Manuel ? Oui, je pourrais en parler. Il mourrait seulement seize ans plus tard, dans des circonstances restées obscures, même pour ses proches, pour lui-même aussi."

*L'Evanouissement*, Paris, Gallimard, 1967, pp. 70 y 123 respectivamente. Tras el éxito de la *Autobiografía de Federico Sánchez* (Planeta, Barcelona, 1977), *L'Evanouissement* será traducido por Javier Albiñana como *El desvanecimiento* y publicado por la misma editorial en 1979.

<sup>19</sup> Cf. principalmente las pp. 156 y 157.

<sup>20</sup> André Fougeron, pintor autodidacta ensalzado en los años 50 por el partido comunista francés como modelo de realismo socialista.

verdad [comunista]<sup>21</sup>”, el autor evitará escrupulosamente explicarlas, manteniéndose con toda prudencia en el perímetro de la fraternidad de la lucha comunista y de los cruces clandestinos de frontera.

En cualquier caso, esta última analogía no es casual y la segunda parte de *El desvanecimiento* bien podría ser considerada como un “remake” de *La guerra ha terminado*, a condición de hacer del antifranquismo un mero escenario y de sustituir la crítica al P.C.E. por un comunismo levemente autocrítico. Nada de ello es ya imputable al espíritu de partido. Cabe señalar, al contrario, que si *La guerra...* reflejaba la crisis interna y el reflujo de la lucha de la oposición en los años 63-64, dos años después la situación ha dado un vuelco significativo: las pruebas de un extraordinario flujo revolucionario se multiplican en 1966 y todo lo que se mueve tanto en el sector de los intelectuales como en el movimiento sindicalista parece hacerlo en las filas del partido. En Madrid, el balance es exultante. Los desórdenes provocados a instigación del P.C.E. con motivo de la aprobación de la ley orgánica han rozado la sedición y algunos grupos de obreros se han hecho dueños de la calle por primera vez. En estas circunstancias ¿cómo no reconsiderar la consigna de la Huelga Nacional Política y la atonía revolucionaria de las masas mantenida en la crisis de Praga?

“A partir del momento en que le excluyen a uno —comentará Semprún años después—, se tiene una tendencia monstruosa, para probar que uno tiene razón, a querer que el Partido fracase en cada acción que emprende. Si se desencadena una huelga, se quiere que fracase para decir: “ya veis que no se puede hacer así” y, al mismo tiempo, hay una llamita en el fondo del corazón y uno se dice: “Si en el fondo saliera bien, me habría equivocado yo pero sería formidable...” Se entra en una mecánica horrible. Entonces, lo mejor es cortar, distanciarse, arreglar tus propios asuntos y escribir<sup>22</sup>”.

---

<sup>21</sup>L’*Evanouissement*, op. cit., p. 157.

<sup>22</sup>L’*Express*, entrevista citada, p. 171.

Parece razonable, en definitiva, suponer que *Una noche de junio, no la de San Juan* fue sacrificada a esta “mecánica horrible”. Pero si su inminente publicación había sido anunciada por la revista *Margen*, donde se adelantaba un capítulo en diciembre de 1966, en este terreno nos vemos reducidos a simples conjeturas. Por lo que a *El desvanecimiento* respecta, podemos ser más explícitos. Tras la terrible campaña de difamación que siguió a su expulsión, Semprún no puede concebir la posibilidad de volver al redil del que para él sigue siendo el partido del antifranquismo. Ahora bien, censurando todo análisis político de la situación española ¿cómo seguir comprometiéndose en la lucha contra el régimen más allá de lo que ya quedaba dicho? En este sentido *El desvanecimiento* no sólo demuestra hasta qué punto el margen político que el escritor se ha permitido es exiguo sino también cómo esta actitud acabará reduciéndolo al silencio.

#### **4. Internacionalismo revolucionario y epílogo español**

Tratar sobre las aventuras y desventuras de la revolución mundial en la efervescencia política de finales de los 60 resulta, sin lugar a dudas, más fácil que seguir perseverando en los tortuosos caminos de la oposición. Y, en efecto, tan sólo un año después de *El desvanecimiento*, *La segunda muerte de Ramón Mercader* (1969) transformará España en un simple telón político, una referencia mítica de la cultura de izquierdas y un escenario más de la burocratización del revolucionario en manos del partido. Ninguno de los guiones cinematográficos escritos por Semprún desde entonces hasta poco antes de la muerte del dictador abordará tampoco el tema de la lucha antifranquista<sup>23</sup>. Pero el silencio no debería ser

---

<sup>23</sup>Las películas firmadas por Semprún durante estos años fueron: *Z* (1969), “anatomía del asesinato político” de Gregorio Lambrakis en la Grecia de los coroneles; *La confesión* (1970) sobre el juicio de Arthur London en el proceso Slansky; *El atentado* (1972), en torno al secuestro y asesinato del carismático líder marroquí Sediel Ben Barka; *Stavisky* (1974), sobre el escándalo financiero que agitó la III República francesa; *Las dos memorias* (1974), basada en testimonios de ambos bandos de la

interpretado como una defección, mantiene el escritor: “Hay que luchar en dos frentes, incluso si es más difícil. Aunque yo quizás tienda un poco demasiado a dar una mayor importancia a la desmitificación de la política soviética y comunista de las instituciones salidas de la revolución de octubre porque creo que ya se sabe lo que opino del resto<sup>24</sup>”.

En efecto, bastará a Semprún seguir reivindicándose comunista para mantenerse ostensiblemente en la oposición. Comunista, incluso si la normalización checoslovaca había dado al traste con las aspiraciones revisionistas y la esperanza de una verdadera desestalinización, comunista aunque se execrasen la política soviética y cubana, y comunista por mucho que el P.C. hubiera dejado de ser el instrumento de la revolución... “Verdadero comunista”, en definitiva, criticando al partido por la izquierda a pesar de resucitar así una retórica que venía a contradecir fundamentalmente su experiencia política en el marco español.

“Las condiciones de la revolución —afirmará Semprún criticando la pasividad del P.C.F. en el mayo francés— no están nunca maduras y siempre hay que forzar el curso natural de la Historia<sup>25</sup>”. Pero que “Federico Sánchez” acabase haciendo la apología de la violencia revolucionaria no es, después de todo, la mayor contradicción<sup>26</sup>. Lo más sorprendente es, sin lugar a dudas, cómo las críticas al voluntarismo subjetivista de la H.N.P. y el discurso reformista de la Reconciliación Nacional surgirán, retrospectivamente intactos e impolutos, en su *Autobiografía...* durante la Transición.

Retrazar aquí el sentido y la polémica desatada por la *Autobiografía de Federico Sánchez* excedería ampliamente el marco de nuestra reflexión. Contentémonos simplemente con subrayar, a modo de conclusión, cómo este jaque mate novelesco al P.C.E. y a su

---

guerra civil; *Sección especial* (1975) y *Una mujer en la ventana* (1976), con la resistencia de los partisanos griegos como tema.

<sup>24</sup> *L'Express*, entrevista citada, p. 162.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 176.

<sup>26</sup> *Cf. ibid.*, p. 176: “Cada vez creo menos en las vías evolucionistas, hay que reinventar la violencia revolucionaria.”

histórico secretario general Santiago Carrillo representa, antes que una simple revancha, la transgresión de todos los silencios y la solución de todas las contradicciones sobre las que la fidelidad al ideal comunista se había venido sosteniendo desde 1963 hasta la muerte del dictador. No en vano, en 1977, el partido del antifranquismo ha dejado de serlo para convertirse al eurocomunismo y la última traba del exilio ha saltado con su legalización. Más allá de la simple heterodoxia, el fantasma de Federico Sánchez se resarce por fin de las contradicciones e incertidumbres pasadas descalificando para la democracia a los históricos de la oposición. La *Autobiografía*, no se cansaría de repetir, no era un libro anticomunista, sino un libro anti P.C.E.... Ahora bien, si el “eurocarrillismo” es una farsa, la revolución no pudo ser en la España del “seiscientos” y Franco murió en la cama, ¿por qué seguir siendo comunista?

Como muchos de sus coetáneos, Semprún no se hará esta pregunta antes de la Transición. Pero al contrario de otros tantos, cuando lleguen los 80, él no admitirá la etiqueta de “desencantado”. Cabe suponer que a lo largo de su doble exilio había aprendido la prudencia del espectador.